



## ***DONDE SE CUENTA LA ALEGRÍA DE MELCHOR, EL REY NEGRO***

Poco a poco, hasta los más escondidos rincones de la Tierra llegó la noticia del nacimiento del Niño Jesús, el que tenía un nimbo de luz alrededor de la cabeza.

En tres países vecinos vivían tres reyes, llamados Melchor, Gaspar y Baltasar. Nombres vulgares si bien se mira, que hoy podrían ser los de un mozo de caballos o un vendedor ambulante. Sin embargo, eran tres reyes de verdad y, lo que es más raro, eran tres hombres muy sabios, muy sabios. Tanto que sabían adivinar las cosas que iban a suceder y el verdadero significado de sucesos aparentemente sin importancia, según el movimiento de las estrellas del cielo. Arte este difícilísimo como puede saber, sin ir más lejos, el que haya intentado caminar siguiendo el rumbo de una estrella, que no otra cosa que seguir una estrella fue lo que hicieron los tres reyes para poder llegar a Belén.

Melchor, Gaspar y Baltasar se reunieron, organizaron un séquito suntuoso con camellos y elefantes y tomaron camino hacia el Oeste en busca del Niño Divino. Durante el día, cuando el calor era insoportable descansaban hombres y animales entre las rocas del árido desierto. Hasta la estrella, que tenía forma de cometa rabilarguísimo, se paraba en el cielo y sudaba la pobre más que todos, porque estaba más cerca del Sol. Cuando se hacía de noche y la estrella se sentía más fresquita, brillaba como nada ha brillado en el cielo, se colocaba al frente de la caravana, y empezaba a deslizarse majestuosamente, mostrando el camino a los viajeros.



Así reyes y séquito llegaron a Jerusalén, donde surgió una grave desavenencia entre los reyes y la estrella conductora. Esta, cumpliendo su deber, quería seguir hasta Belén, pero los reyes, convencidos que el Niño que iban a visitar era un príncipe, pensaban que viviría en un palacio de la gran ciudad y no en un pueblo de mala muerte como Belén. La estrella, desesperada por el equívoco de sus majestades, saltaba como loca, guiñaba su luz, hacía señales con la cola, pero todo en vano.

La sabiduría de los reyes era tan altísima, que no comprendían lo que estaba al alcance de cualquier persona corriente.

Llegó la mañana y la estrella se apagó. Además, estaba tan aburrida por la incompreensión de los magos, que se sentó sobre la copa de un árbol y se quedó dormida. Los caminantes la tomaban por un limón olvidado entre las ramas. Durante todo el día los reyes estuvieron yendo y viniendo por las calles de Jerusalén en busca del Niño anunciado sin conseguir encontrarle. En el palacio sólo vivía un hombre desagradablemente gordo llamado Herodes.

Cuando llegó la noche, la estrella intentó de nuevo atraer a sus extraviados seguidores. Se encendió y, subiéndose bien alta sobre el tejado del Portal, empezó a hacer piruetas y guiños hasta que consiguió llamar la atención de los reyes, que desengañados de su inútil búsqueda, se pusieron contentísimos y cabalgando a todo galope llegaron hasta el Portal.

Uno de los tres reyes, Melchor, era moro, alto como una palmera, y tan negro que no se veía de él otra cosa que el blanco de sus ojos enormes, y, cuando se reía, su dentadura impresionante... Sin embargo, lo habían hecho rey de su patria porque era el menos negro de los otros negros negrísimos.



Pero su orgullo de negro claro se vino abajo al llegar a Jerusalén, donde advirtió tristísimo que todo el mundo le miraba como si estuviera enfundado en su piel del diablo. Durante el camino, cuantas veces se bajó del caballo para obsequiar con un terrón de azúcar a los niños, éstos, asustados, corrían gritando a refugiarse en el regazo de sus madres. Las mujeres no se santiguaban a su paso por que todavía faltaban muchos años para que aprendieran esta fórmula de protegerse contra todo mal.

Por esta razón Melchor entró el último en el Portal y se postró con timidez a los pies del Niño. El pobre hubiera deseado tener alguna parte blanca en su cuerpo que enseñar, o, al menos, posibilidad de mostrar su alma blanquísima. Y lleno de temor se tapó la cara con las manos, no fuera a asustarse el Niño Jesús como los demás niños. Así, escondido, permaneció unos momentos esperando que el Niño llorase de miedo. Pero no lloraba. Melchor se confió un poco y, por entre sus dedos, miró de reojo y vió, agradablemente sorprendido, que el Niño sonreía de jugar con sus cabellos encrespados.

El rey negro reventaba de felicidad.

Nunca le bailaron tanto los ojos como entonces, y también, como nunca, enseñaba sus dientes blanquísimos por la boca abierta de oreja a oreja. Y cogió los pies del Niño y, uno a uno de fue besando todos los deditos, como era costumbre en el país de los moros.

...Pero el negro no vió el milagro que acababa de ocurrir hasta que se miró las manos: sus palmas estaban blancas... y desde entonces todos los moros tienen blancas las palmas de las manos.

Vete allí, al país de los negros, comprueba lo que te digo y míralos como a hermanos.



*Karl Heinrich Waggerl*